



Carta de Navidad 2012
del Abad General

Consolados en la fe

Queridos Hermanos y Hermanas Cistercienses,

El Año de la fe nos anima a vivir los tiempos litúrgicos y el tiempo diario de nuestra vida con un deseo más grande de unirnos a Cristo, que por medio de la fe habita en nuestros corazones, como en María, para darnos a conocer toda la plenitud de su amor (cfr. Ef 3,17-19).

Montañas a mover

Pero, con frecuencia, los problemas y las dificultades de la vida nos distraen de esta experiencia, porque se acumulan, se superponen, se entrelazan. Nos sentimos impotentes, y nace en nosotros la tentación de desear una gran solución, una solución inmensa que resuelva todo, que ponga todo a punto, que haga prosperar todo en un momento, o haga retornar todo a un punto de inicio inocente y puro como el paraíso terrestre.

Jesús parece tomar en serio este sentimiento cuando nos habla de la fe que mueve las montañas. “Si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: ‘muévete de aquí a allí’, y se moverá, y nada os será imposible” (Mt 17,20). Pero quizá lo dice con un poco de ironía, para ayudarnos a tomar conciencia de nuestra absurda pretensión de querer mover nosotros solos montañas de problemas reales o creados por nosotros mismos. De todos modos, reales o aparentes, Jesús nos promete mover las montañas, pero solo gracias a una pizca de fe, un grano de mostaza de fe. Buscábamos soluciones colosales y he aquí que Cristo nos sorprende proponiéndonos una solución pequeñísima, sencillísima: la fe.

Como los apóstoles, nos quedamos un poco perdidos escuchando la respuesta de Jesús a nuestra gran preocupación ante los problemas de la vida. Nos sentimos perdidos porque entendemos que la fe que Cristo nos propone es un acto misterioso de nuestro corazón, en el que todo depende de nosotros y todo depende de Dios.

La exigencia de la fe es que depende de nosotros el depender totalmente de Dios. Dios puede y quiere mover nuestras montañas de problemas y dificultades, para Él todo es posible, pero no quiere hacerlo sin que nuestra libertad abra la puerta de nuestra vida y del mundo al inmenso poder de salvación y de amor que Él nos ofrece. Dios es como un hombre riquísimo y poderosísimo que mendigase poder distribuir todas sus riquezas y sus favores a quien le abriese las manos para recibirlos. Dios mendiga mendigos que crean en el don que Él quiere hacernos de todo Sí mismo.

La humildad trascendente de Dios

Esta es la humildad de Dios manifestada totalmente en Cristo. La humildad de Cristo trasciende completamente la nuestra. Pero nos sale al encuentro y nos pide poderse expresar para nuestra salvación. A menudo aquellos que se han encontrado ante la iniciativa de Jesús han reaccionado expresando su sentido de indignidad e incapacidad, pero han tenido que rendirse ante una humildad mucho más profunda y misteriosa que la suya. María, en la Anunciación, se turba ante la visita de un Ángel que la saluda como llena de gracia. Pero no es sólo que un ángel quien la visita: el Hijo de Dios quiere hacerse hombre en ella. Entonces comprende que debe tan solo dejar hacer: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38). José intuye que algo grande y misterioso está sucediendo en la vida de su prometida. Decide reaccionar con humildad y, quizá con humillación, repudiándola en secreto. El ángel le revela la humildad salvadora de Dios que elige a María por madre y a él como padre putativo. En silencio, José deja hacer y toma consigo a María y al Niño (cfr. Mt 1,20-25).

Esta dinámica se reproduce de modo paradigmático al comienzo y al final del ministerio público de Jesús: al bautismo en el Jordán y en la última Cena cuando lava los pies a los discípulos. En las dos escenas, Cristo manifiesta una humildad que sus interlocutores no entienden. San Juan Bautista y Simón Pedro tienen ambos la reacción del hombre que no puede concebir que Dios sea más humilde que ellos. "Soy yo quien necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?". Pero Jesús le responde: 'Deja hacer ahora, porque conviene que se cumpla toda justicia'. Entonces, le dejó hacer" (Mt 3,14-15). "¡Tú no me lavarás jamás los pies! (...) 'Si no te lavo, no tendrás parte conmigo.' (...) '¡Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza!'" (Jn 13,8-9).

Son reacciones de humildad humana, de sentido humano de indignidad. Pero Jesús, en ambos casos, corta de raíz, pidiendo a los dos dejar hacer, permitir al misterio de la humildad de Dios expresarse en sus vidas, para que se pueda realizar el designio de la salvación.

El último profeta y el primero de los apóstoles son llamados a permitir a la humildad de Dios expresarse sin objeciones. Y con esto Jesús les hace comprender que la humildad de Dios está a otro nivel de la humildad humana. La humildad de Dios es un abismo insondable, de una profundidad que el hombre no puede escrutar con su mirada, con su juicio, porque en el fondo del abismo de la humildad de Dios está el

corazón mismo de Dios, su infinito y ardiente amor, están las relaciones trinitarias entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, la infinita afirmación amorosa del Otro que caracteriza a cada persona de la Trinidad.

Juan Bautista y Pedro querrían como comparar su sentido de indignidad con la humildad de Cristo que les sorprende. Querrían como detener aquella fuente de un abismo insondable. Pero la fuente profunda del amor de Dios debe brotar ya, fluir en el mundo, contra todas las corrientes del orgullo y de la humillación que fluyen en la historia humana desde el pecado de Adán. Y esta fuente ha sido ya acogida como “fuente viva” por la humildad sin pecado de la Virgen María (cfr. Dante, *Divina Comedia*, Paraíso, XXXIII,10).

La humildad de Cristo es un misterio que el hombre no puede medir, porque es la “contramedida” de todos los valores del mundo, pero del que el hombre está llamado a fiarse, dejando que suceda, que se exprese, que se manifieste desde Belén hasta el Calvario, para después permanecer en el misterio de la Iglesia y de la Eucaristía.

La humildad de Cristo es como la muerte de la semilla, en la oscuridad de la tierra, que por milagro produce la vida, una vida más grande. La humildad de Cristo es la muerte de la semilla del árbol de la vida, de la vida de todas las vidas, de la resurrección, de la vida eterna. En el seno de María, en el silencio de José, en el agua del Jordán, en el misterio pascual que el lavatorio de los pies inicia y expresa, la humildad de Cristo conduce a Dios a la muerte que produce el fruto de la vida eterna de toda la humanidad.

Dejar hacer

“¡Deja hacer!”

La invitación concisa y decidida de Dios a María, a José, a Juan Bautista, a Pedro, a cada uno de nosotros, es una invitación a la fe. Tú no ves, no comprendes, tú querrías resistir, rebelarte, sustraerte, huir; tú no consigues mantener en tu mente y en tu corazón el abismo infinito de la humildad de mi amor, pero puedes fiarte, puedes creer, y creyendo puedes permitir a este misterio que suceda, que se exprese en tu vida y en el mundo. “Dichosa tú que has creído que lo que te ha dicho el Señor se cumplirá!” (Lc 1,45).

La fe cristiana no consiste solo en creer en Dios, es un fiarse de la venida de Cristo justamente allí donde su humildad se revela infinitamente más profunda que nuestro juicio de hombres indignos y orgullosamente humillados.

La fe nos abre a una gloria que germina de una humildad que no podemos comprender. Humildad y gloria son incompatibles para los hombres. Sin embargo, para Cristo y en Cristo son indisolubles. Porque coinciden ambas con la caridad, con el ser de Dios: “Dios es amor” (1 Jn 4,16).

La fe significa fiarse del hecho de que en la humildad de Cristo hasta la cruz “se cumple toda justicia” (cfr. Mt 3,15). Todo se cumple, todo es perfecto en lo profundo de la humildad de Cristo que se vacía de sí mismo para redimir la humanidad con el fuego de su amor.

El “¡Deja hacer!” de Jesús coincide con un “¡Déjame entrar!”, es decir con el ofrecimiento de su presencia en medio de nosotros y en nosotros que obra la salvación. La humildad de Cristo es un llamar a la puerta de nuestra existencia, para entrar y cenar con nosotros (Ap 3,20), un llamar de mendigo, de pobre que parece pedir todo precisamente en el momento en el que viene a ofrecernos totalmente a sí mismo. Le abre la puerta, no quien es perfecto, sino quien comprende que sin Cristo está perdido, como los publicanos de su tiempo. Zaqueo sabe que es indigno de acoger al Señor en su casa, pero siente que esta iniciativa de Jesús responde al deseo profundo de su corazón de pecador. Lo acoge, y acogiéndole, se siente renacer a una humanidad nueva que no creía posible alcanzar por sí mismo: “Todos murmuraban: ‘Ha entrado en casa de un pecador!’. Pero Zaqueo, levantándose, dijo al Señor: ‘Mira, Señor, doy la mitad de lo que tengo a los pobres y, si he robado a alguno, le devuelvo cuatro veces más’. Jesús le respondió: ‘Hoy ha venido la salvación a esta casa’” (Lc 19,7-9).

Somos salvados por la fe, pero la fe consiste en corresponder a la iniciativa de Jesucristo que en la infinita humildad de su amor y en el infinito amor de su humildad nos pide poder entrar en nuestra vida para compartirla con nosotros, como una comida de comunión. Entonces se produce el milagro de nuestra conversión: la amistad con Cristo nos transforma, nos hace ponernos en pie, nos resucita, y nos encontramos capaces de dar más que de robar, felices de perder la vida más que de guardarla aferrando y poseyendo personas y cosas.

La venida del Reino

“¡Deja hacer!”. ¡Y viene el Reino de Dios!

La humildad de Cristo, desde la encarnación en el seno de la Virgen, coincide con la venida del Reino de Dios al mundo, una venida que penetra y se manifiesta allí donde encuentra aunque solo sea un grano de fe. Todo es posible para Dios, y esta es su realeza, su poder inconcebible. El Reino se manifiesta allí donde la fe permite al Señor, para el que todo es posible, expresar su omnipotencia en nosotros y entre nosotros, en el mundo.

Tenemos necesidad de lo imposible, tenemos necesidad del Reino de Dios. Esto no quiere decir tener necesidad de cosas maravillosas, sino simplemente del cumplimiento de nuestra vida, de la plenitud de nuestro corazón, y, también de lo que tienen necesidad todos los hombres. Jesús pone como ejemplo de necesidad a la que el Padre provee, la necesidad de comer, como comen los pájaros del cielo, y de vestirse, como se “visten” los lirios del campo (cfr. Mt 6,25-30). ¡Cuántas personas en el mundo, y ahora con la crisis económica muy cercanos a nosotros y entre nosotros, tienen necesidad de lo necesario para vivir! También es Reino de Dios permitir al Padre darnos el pan, vestidos, trabajo, casa, educación, salud... Por esto, Cristo nos pide abrirnos al Reino de Dios con la fe que actúa mediante la caridad, con la fe que nos permite privarnos de lo nuestro para compartir con quien está necesitado.

La fe escucha el “¡Deja hacer!” de Cristo detrás de cada necesidad humana a la que no alcanzamos a responder por nosotros solos o con nuestras fuerzas. Y dejar hacer a Jesús, quiere decir también permitirle darnos la decisión, la fuerza y la capacidad de dar aquello que tenemos y que somos.

María, José, Juan Bautista y Pedro han comprendido, en efecto, que el “¡Deja hacer!” que Dios les pedía no quería decir simplemente hacerse a un lado y dejar que Cristo continuara por sí solo su misión. Han comprendido que el “¡Deja hacer!” de Cristo debía pasar a través de ellos, a través de su libertad, de su vida, de su corazón. Han comprendido que si se dejaban hacer por Cristo, Él les tomaría dentro de la venida de su Reino y que su vida no sería ya como antes. La docilidad de la obediencia cristiana es como un dejarse arrastrar por un río que nos lleva por trayecto y hacia metas que no estaban en nuestros planes. El río en el que Cristo nos toma, se le dejamos hacer con fe, es el camino, la verdad y la vida que Él es para el mundo. Nos implica para seguirlo en el camino de su vida y misión, para “tener parte con Él” (cfr. Jn 13,8) en su amor hasta el final, hasta el martirio, hasta la cruz.

“Cuanto más nos adentramos en la vida monástica y en la fe...”

San Benito sintetiza esta conciencia en la última frase sublime del Prólogo de la Regla que nos ayuda a comprender el papel de la fe en nuestra vida y vocación: “Al caminar de la vida nueva y de la fe (*processu vero conversationis et fidei*), uno vuela por la senda de los mandamientos de Dios, con el corazón ensanchado por una inefable dulzura de amor, de manera que no apartándonos nunca de su magisterio, perseveremos en su doctrina dentro del monasterio hasta la muerte y participando así por la paciencia en la pasión de Cristo merezcamos también tener parte en su reino.” (Prólogo 49-50)

La fe crece en el camino de nuestra vocación. Como nuestra vocación, la fe es un “proceso”, un “procedimiento”, que literalmente significa caminar hacia delante. La fe y la vocación son un camino, el camino de nuestra vida que avanza siguiendo a Cristo. La fe escucha al Señor, su palabra, su llamada y, fiándose de Él, acepta el cambio de vida que Cristo nos pide y nos ofrece dándonos la gracia de convertirnos continuamente. Así, la fe abre nuestra vida a la “inefable dulzura del amor” de Dios, es decir, al Espíritu Santo que dilata nuestro corazón para recorrer este camino del seguimiento de Cristo que obedece al Padre hasta la paciencia total de la Pasión. Por esto tenemos necesidad, siempre en la fe, no apartarnos de sus enseñanzas (*magisterium*), y perseverar hasta el final en su doctrina, en la verdad que nos revela. El resultado de este camino es la gracia de tomar parte con Cristo en su Reino. Como Jesús lo promete a Pedro si se deja lavar los pies. O como le promete el ladrón arrepentido, crucificado junto a Él (cfr. Lc 23,42-43).

San Benito, con la intensidad de esta frase, quiere sintetizar al inicio de la Regla la intensidad de vida a la que somos llamados, que es una intensidad de pertenencia a Cristo que implique, a través de la fe y la vida monástica, toda nuestra persona. Intensidad que implica nuestra vida con la verdad y el amor de Cristo.

La fe cristiana es la virtud que abre nuestra libertad a la verdad y el amor del Señor: es un creer en la palabra y en el amor de Dios, en su presencia en medio de nosotros que nos habla y nos ama para conducirnos a unir toda nuestra vida a la verdad de su amor, que es el Reino de Dios que se inicia aquí y ahora para aquellos que creen en Él.

Deberemos meditar toda la Regla de san Benito como la guía de este itinerario en el que cada aspecto y momento de la vida humana está llamado a convertirse en un progreso de la vocación y de la fe, un caminar con Cristo que une siempre más, a través de la fe y el amor, nuestra pobre persona con la suya.

Por esto vivimos juntos, en comunidad. Estamos juntos para ayudarnos a vivir este camino de conversión y de fe que dilata el corazón en un amor “indescriptible”. Deberemos siempre recordarnos que el fin de nuestra vida común es, en el fondo, la dilatación del corazón de cada uno en el amor de Cristo. ¿Existe de verdad esta preocupación en nuestras relaciones? ¿Vivimos en nuestras comunidades una fraternidad preocupada del corazón de cada uno, es decir, preocupada de que cada uno crezca en el amor y la alegría? ¿Vivimos nuestra vocación con la solicitud misionera de que cada hombre viva con el corazón dilatado en la fe y en el amor de Jesús?

En la noche de Navidad, todos los ángeles del Cielo comunican su alegría y su luz al corazón de algunos pobres pastores perdidos en la noche (cfr. Lc 2,13-14). También nosotros estamos llamados y enviados a esta evangelización de los pobres, a esta evangelización de los corazones, comenzando por nuestro corazón, que requiere de nuestra libertad y de nuestro empeño el recibir la verdad y el amor que lo dilata. Solo entonces nuestro corazón, nuestro “hombre interior” (Ef 3,16), recibe la fuerza para recorrer nuestra vida por los caminos de la voluntad de Dios, es decir, se convierte en centro y sujeto de la vida nueva en Cristo, para nosotros y para los demás.

La fe de Abrahán

“Abrahán creyó a Dios y esto le fue acreditado como justicia” (Rm 4,3; Gn 15,6)
Abrahán ha expresado su fe partiendo de su país hacia una tierra prometida por el Señor, una tierra de plenitud y fecundidad sin límites. También él ha “dejado hacer” obedeciendo, confiando toda la alegría y fecundidad de su vida al Señor que se la prometía.

También nosotros estamos llamados a vivir la fe siempre de nuevo, dejando nuestras seguridades, y nuestros proyectos, para adentrarnos en una tierra que no es nuestra, la tierra del Reino. Pero Cristo ha revelado que esta “tierra prometida”, condición de toda verdadera fecundidad de vida, es el humus silencioso y escondido de su humildad. La humildad de Cristo es la “tierra” en la que Dios nos promete, en la dilatación del corazón a la medida sin medida de su amor, toda la fecundidad de nuestra vida.

La vocación y la respuesta de fe de Abrahán es el paradigma de toda vocación. La fe es el fundamento de toda vocación porque es la gracia y la virtud de la adhesión y de la pertenencia a Cristo, “camino, verdad y vida” de todo hombre (Jn 14,6). Sin fe no hay vocación, ninguna vocación, porque no tendríamos reconocimiento y adhesión a Cristo que nos ama, nos llama y conduce, siempre en la fe, a vivir de su amor, en la esperanza de la vida eterna en la casa del Padre. Si amamos a Cristo y nuestra vocación, si queremos vivirla con verdad, deberemos siempre preguntarnos si la vivimos fundados en la fe como única seguridad que nadie puede quitarnos.

Solo el fundamento de la fe enraíza en Cristo todo lo que vivimos: “Caminad en el Señor Jesucristo, tal como lo habéis recibido, bien enraizados y fundados en él, firmes en la fe” (Col 2,6-7). El fundamento de la fe nos hace libres, libres de los ídolos que nos atan a nosotros mismos, a nuestros proyectos y a nuestros miedos, y que nos separan de los demás. La gran elección de la vida está entre la fe en Cristo y los ídolos. Los ídolos nos separan de Cristo y de los hermanos, porque nos impiden fundarnos en Él. El resultado de ligarse a los ídolos es la muerte, el no vivir en la libertad de los hijos de Dios.

Un episodio del segundo libro de los Macabeos me hace siempre reflexionar. Al final de una batalla, los Judíos fueron a recoger los cadáveres de sus caídos. “Pero encontraron bajo la túnica de cada muerto objetos consagrados a los ídolos de Iamnia que la ley prohibía a los Judíos; por esto quedó a todos claro el motivo por el que aquellos habían caído” (2 Mac 12,40).

Quizá también nosotros tengamos que ir a mirar si debajo de lo que en nosotros no es de verdad vivo y libre no se esconde un ídolo al que confiamos la salvación y la alegría de nuestra vida, en lugar de tener a Cristo. En efecto, la fe nos da vida, libertad y unidad con los hermanos y hermanas, unidad con todos.

El consuelo recíproco de la fe

San Pablo habla al comienzo de la carta a los Romanos del consuelo recíproco que podemos ofrecernos con la fe: “Doy gracias a mi Dios por medio de Jesucristo, por todos vosotros, pues vuestra fe es alabada en el mundo entero. (...) Pues deseo veros al fin de comunicaros algún don espiritual que os fortalezca, o mejor, para sentir entre vosotros el mutuo consuelo de la común fe: la vuestra y la mía” (Rm 1,8.11-12).

Es la fe de cada uno la que nos permite edificarnos y confortarnos los unos a los otros. El testimonio de la fe vivida es un don que se transmite a todos sin disminuir en quien lo da, y que hace crecer la fe del otro. No podemos hacernos mejor don que el de consolarnos en la fe porque esto significa darnos mutuamente una posibilidad de intensidad y plenitud de vida que solo Cristo hace posible, a través de cada prueba y cada límite, también del pecado y la muerte. Jesús alabó la fe de los pobres y de los pecadores, dándoles una plenitud de vida, de sanación, de perdón y de salvación inconcebibles para el hombre.

En nuestras comunidades, en la Orden, en la Iglesia, quien conforta nuestra poca fe son precisamente las personas y las comunidades más frágiles que en la prueba dan testimonio de una fe más grande que nuestros límites. Todos necesitamos este "consuelo mediante la fe" para superar con Cristo y en Cristo la crisis que vivimos a distintos niveles. Tenemos necesidad de fe más que todo lo demás, antes de la vocación, antes de la unidad y armonía de la comunidad, antes de la santidad, porque la fe es la base de todo lo demás, y si buscamos todo lo demás sin fundarnos en la fe, aunque lo consigamos, será estéril, porque no lo acogeremos como una gracia.

La fe nos permite acoger todo como una gracia y, por lo tanto, de acoger los dones como carismas, es decir, expresión y signo de la entrega de Dios al mundo. Con la fe, los dones y los carismas permanecen como dones de Dios y no se convierten en ídolos de orgullo que hacen morir en nosotros la vida y la vocación. La fe pone todo en manos del Señor, de modo que Él sea siempre el sujeto de lo que hacemos.

La tentación de exigirnos los unos a los otros algo distinto de la ayuda del consuelo de la fe nos llena de una mutua exigencia. Y la exigencia conduce a la ilusión que siempre termina en desilusión. Sin embargo, darnos recíprocamente el consuelo de la fe quiere decir ayudarnos a reconocer a Jesús presente y operante en medio de nosotros y, entonces, todo se hace posible, porque Él lo puede todo.

Quizá debemos perdonarnos mutuamente las ocasiones y las actitudes en las que nos exigimos mutuamente otras cosas distintas del consuelo de la fe, porque esta exigencia nos lleva a la desilusión y división de los corazones.

Pero la fe recupera todo. La fe es un poder de resurrección del amor siempre posible. Desde la fe se puede siempre recomenzar las relaciones, las obras, el camino, porque la fe no comienza de nosotros mismos, de nuestra buena voluntad, o de nuestras capacidades, ni de nuestro límite o pecado, sino del Señor nacido, muerto y resucitado por nosotros. Desde la fe se puede recomenzar toda una vida perdida, también en su último instante, como el ladrón arrepentido que, mendigando con fe la salvación, permitió a Cristo transformar su muerte en nacimiento a la vida eterna.

¡En la fe, cada circunstancia es Navidad!

¡Feliz Navidad a todos de corazón!



Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist